

## Un horóscopo que no predice

### *Horóscopo*

PAOLA GUEVARA

Editorial Planeta, Bogotá, 2018, 182 pp.

HAY ESCRITORES que hacen periodismo para sobrevivir y hay periodistas que hacen literatura por puro divertimento. De un tiempo para acá, la literatura periodística en Colombia ha ganado adeptos. Célebres reporteros pontifican sobre problemáticas sociales, como si fueran estudiosos culturales. Periodistas entusiastas entrevistan famosos de las letras, como si se tratara de celebridades. Cronistas alardean de su narrativa, como si no fuera un género menor en la literatura. Reseñas condescendientes ocupan páginas culturales de los diarios. La ausencia del crítico literario se hace evidente. Su relevancia aparenta ser innecesaria. Pareciera que cualquiera puede glosar libros porque en estos tiempos cualquiera escribe y publica uno o varios. Es entendible: en sociedades como la colombiana más que lectores, hay público.

*Horóscopo* es una novela periodística: habla del oficio, sus personajes son reporteros, su prosa es ligera y descuidada, como la de los periódicos. Es una historia rosa, pensada para un público rosa: está atestada de clichés, de referencias a marcas y de eso que le gusta a la cultura de masas: lo esnob, lo celebrado y lo plano.

Leonardo, el protagonista, era editor de la sección cultural de un diario. Luego de un grave error, se ve obligado a llenar la página del horóscopo. Su vida es aburrida y frustrante: su exmujer lo abandona a él y a su hijo, su pequeño aún no habla, su futuro parece incierto y la mujer que lo enamora parece lejana.

Adriana es todo lo contrario: sus crónicas ocupan las primeras páginas de la sección dominical, su educación de infancia se basó en privilegios y es inteligente, joven y guapa.

Leonardo se lamentó de sí mismo.

Ella, que tenía la habilidad para ver la magia de las historias ocultas en todo y en todos, ahora se acercaba peligrosamente a su pequeño reducto de poder. No podía dejar

que encontrara a Mercurio Astral. Qué tal si el astrólogo revelaba las alteraciones de su horóscopo y ella enlazaba los datos. Qué tal si descubriría su secreto. (p. 147)

Y esa es la gran falla: en *Horóscopo* no hay nada oculto. El lector no tiene que descubrir datos clandestinos. Su estructura es liviana y la división de sus capítulos se nota forzada: por omisión de sutileza, perspicacia literaria y por el afán de seguir el orden interno que titula la obra: “Capricornio”, “Acuario”, “Piscis”... “Sagitario”.

Sus dos personajes principales no gozan de vida. Sabemos de ellos por las descripciones y las anécdotas que el narrador cuenta, pero no por sus incoherencias, sus contradicciones o sus acciones incontenibles y propias.

Una buena novela nos hace sentir que sus personajes existen, nos hace olvidar que lo que permite esa creación es el lenguaje. En un libro como el de Paola Guevara el lenguaje se hace notar por oposición a sus virtudes. Para parodiar a Mallarmé: son los personajes, no el autor el que habla. Aquí es el autor el que habla, no los personajes.

—¿Sabes qué necesitas? Ir al supermercado con Max. ¿Lo llevas de compras contigo?

—Claro que no, destruiría todos los estantes. Se lanzaría al piso, lloraría, aullaría. Voy solo al supermercado.

—¡Qué dices! Subes a Max al carrito, le das algo de color que le atraiga y caminas por los estantes. Las mujeres no podrán resistirlo, es el efecto embellecedor de un hijo y un padre soltero, no hay mimo francés que supere esa puesta en escena. (p. 83)

Son frases manidas, de cajón, opuestas a la inteligencia de Adriana, que es descrita como mujer lectora y avezada. Eso, que podría servir para darle matiz a una vida, aquí no es adrede.

Un entramado no se demerita por el proceder o las palabras de sus personajes, sino más bien por la falta de recursos que imposibilitan que el lector se involucre con ellos. El experto en escribir sobre lo esnob es un francés de oraciones largas y digresivas: Proust.

El que introdujo en sus ficciones la cultura *kitsch*, un argentino: Manuel Puig. El que adoptó a su modo lo enseñado por Marcel, un americano que hablaba de famosos lo mismo que de criminales: Truman Capote.

En *Horóscopo* hay coqueteos fallidos por corresponder con estilos similares:

Cabizbajo, avanzó entre las madres reunidas sin notar que no le quitaron los ojos de encima, y sin sospechar que lo comparaban con el Joaquín Phoenix de *Her*, pero sin el bigote, y sin los ojos azules, y menos bronceado, y un poco más bajo, y con menos minutos de *spinning* encima. (p. 125)

Sus fallas imposibilitan la complicidad necesaria entre el lector y la historia, quiero decir: entre esas mentiras que uno sabe que por hechizo y astucia narrativa parecen verdades. Y por eso, el efecto se pierde. No hay expectativa, ni estupor: el clímax está extinto.

Sus personajes secundarios tampoco aportan o contribuyen en esa generación de simpatía, antipatía o de eso que el novelista busca transmitir. Y por tanto es difícil sorprenderse cuando se revela que el director del diario en el que trabajan ambos comunicadores es Mercurio Astral, el horoscopista más antiguo del país; y cuando al volver a reencontrarse con su madre, el hijo del protagonista profiere profusas y difíciles palabras; y cuando Adriana y Leonardo se entregan al romance. Fábulas predecibles.

Un escrito como el de la comunicadora caleña corresponde con lo que me gusta denominar literatura cosmética: un producto calculado, leve y comercial. Seguro del público al que piensa llegar. Una elaboración que satisface el deseo de lectura por el prestigio social que ello implica, no por su agudeza, calidad y contribuciones a la vida.

“Ariana tenía la facultad de ponerlo todo en palabras distintas, que les daban otro sentido a las tragedias —pensó Leonardo—, en sus ojos estaba la mejor versión de todas las cosas” (p. 84). Es irónico: la virtud de su personaje contrasta con el contenido de la obra.

Jair Villano